

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXII

- Abril de 1955 -

Núm. 358

Puntos de vista

Realidad y poesía de Andersen



ON frecuencia el escritor se instala en fronteras legendarias. Desde las altas cimas otea los horizontes del terruño, registra en su sensibilidad el ambular ingrávito de hadas y duendes. Y cuando su atención se centra en las realidades, se desliza por los dominios de la matización poética. Entonces, realidad y fábula se confunden, como el anverso y reverso de una moneda lanzada al viento, entre cuyos bordes cabe al acerado filo de la fantasía.

Andersen, narrador de posibles hechos concretos, los dispara más allá de su propia sombra, los reviste de paramentos formales. Y, entretanto, adviene un prodigio, porque el creador de tanta belleza queda aprisionado entre las redes sutiles de su propia poesía. Realidad e imaginación, reunidas en un solo y apretado haz, reflejan la emoción de quienes buscan en las páginas de una historia el rumor de sus propias inquietudes.

Todo lo que cuenta Andersen no ocurrió nunca, tal vez sucedió hace muchos siglos, allá en el fondo del tiempo. Movidos por resortes mágicos, los sencillos hé-

roes de sus ficciones cobran relieve, se alejan como una sombra rumbo a los mares y montañas desconocidas, de donde los dioses los habían enviado para regocijo de los hombres.

Dinamarca es una gran fuente de leyendas y de cuentos populares. Sus poetas supieron cantar la bondad y ternura de los dioses, dieron signo poético a los hechos concretos del vivir. Durante siglos fué el país de los gigantes homéricos. Un candor, que bien podría decirse femenino, atizó las piruetas de lobos y cuervos, de pájaros y dragones. Sus creencias paganas evolucionaron hacia el cristianismo.

Los motivos de los cuentos populares habían penetrado en el país en épocas diversas. Muchos proceden de los árabes y su aportación se produjo por la relación con los normandos en Sicilia. Otros los divulgaron los peregrinos, los cruzados, los comerciantes, los frailes mendicantes. Pero todos sufrieron modificaciones, fueron adaptados al carácter indígena. En diversas narraciones, Cristo aparece rodeado de lobos; costumbres características de Odín. A mediados del siglo XVIII, un grupo de poetas bucea en las viejas leyendas, haciendo revivir la magia de los héroes y dioses del Norte. Andersen recibe los ecos de aquella resurrección de mágicas posibilidades. Y con un alma sensible, con un sentido poético llevado a sus últimas delgadeces, escribe sus cuentos y canciones, les dice a los niños del mundo los avatares de un patito feo, el frondoso encantamiento de un árbol de Navidad, los escarceos de hadas y duen-

des, la infeliz prestancia de un rey vestido con galas invisibles.

Es cierto que el vivir de los hombres ha evolucionado de acuerdo con los signos de nuestra época. En nuestra manera de concebir el mundo, en nuestro lenguaje habitual estamos acostumbrados a establecer categorías de conceptos. Las palabras, como necesario vehículo, oscilan entre las realidades concretas y las abstracciones. Como es lógico, entre ambas riberas del pensamiento se recorta el abismo insondable. Sólo el poeta es capaz de captar sus lejanos e imperceptibles destellos lumbrosos. Y al reanimar un cosmos dormido, remueve los hontanares de la humana fantasía.

Se ha dicho que la vida de Andersen fué triste, que sus múltiples andanzas le dieron un sentido exacto de los hombres. Al narrar en forma de cuento algunas de sus evocaciones nostálgicas, vibraba en él un deseo de afirmarse en el presente. Quizás la esencia de sus historias de maravilla fué como la proyección del pasado sobre los acontecimientos que estaba viviendo en aquella sociedad danesa, tan amiga de las veladas invernales, viendo crujir los encendidos leños. En las tertulias, Andersen ordenaba el ir y venir de hadas y duendes, daba categoría de tema literario al pato y al dragón, a las ramas del árbol undoso y a los paisajes míticos. Y apoyándose en determinadas realidades hacía brotar su evanescente romanticismo. He ahí la magia de su genio.

En una época de su historia, Dinamarca no tenía rey ni gobierno. Las temibles flotas de los wikingos cru-

zaban los mares del Norte, desafiando aventuras de lucha y de conquista. Las pequeñas islas del Báltico eran refugio y fortalezas de aquellos rudos y aguerridos aventureros que arribaban a las bahías y saqueaban los pueblos y ciudades de las riberas. Un día, las gentes de la costa vieron aparecer, avanzando como una sombra, envuelto en la espesa niebla marina, un gran navío que venía de los mares del Norte. El barco se acercaba lentamente, hinchada la cuadrada vela bermeja. Empezó a descubrirse, tallada en la proa, la enorme cabeza de dragón, y fuése mostrando, rojo como la ancha vela, el magnífico casco de cuaderna recia y firme. Así llegó a Dinamarca Skiold, "el rey que vino del mar", un niño recostado en un haz de mies doradas. Los brazos fornidos de los guerreros levantaron al niño y lo llevaron en triunfo. Ante el Consejo de señores, el enviado de los dioses fué proclamado rey de Dinamarca. Toda su larga vida la puso al servicio de su país. Y al morir, en su mismo barco, partió con rumbo a los mares desconocidos.

Esta leyenda nos muestra la vinculación estrecha entre la fantasía y la realidad, entre la sollicitación histórica y las aportaciones ancilares de un primitivo y anónimo poeta.

Andersen tenía una tradición en donde apoyarse. Los hombres de su país habían creado una mitología heroica. Los habitantes de las ciudades y aldeas, pescadores y campesinos, sabían conversar con ideales gigan-

tes de mirada azul y arrancarles su inefable mensaje de poesía.

Se ha dicho que la historia del "patito feo" es como la imagen virtual de la vida de Andersen. Tal vez hay mucha verdad en ello. Ahora bien, por encima de casuales simbologías, el vivir azaroso del pobre animalillo, la definitiva eclosión de sus galas nos está revelando ese oscilar del espíritu humano, que unas veces se complace y goza en los ámbitos de la realidad, para abordar, en definitiva, los cauces de la fantasía y de la compensación.

Fauna y flora, hadas y duendes son eternas presencias que remozara Andersen. El homenaje de los niños del mundo mantiene vivo, para los hombres, el hontanar de tantas y bellas emociones.